



La biblioteca, el jardín y los ajolotes: humanistas en la ciencia

Por Karla Mercedes Bernal Aguilar



Ilustraciones: Adriana Salazar Ruiz Esparza

Toda la naturaleza es un anhelo de servicio; sirve la nube, sirve el aire, sirve el surco. Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú, [...] donde haya un esfuerzo que todos esquiven, acéptalo tú.

Gabriela Mistral

Desde que era pequeña, había dos lugares en los que amaba estar: la biblioteca y el jardín. Parecen antagónicos, la biblioteca es por excelencia una zona cerrada, silente y sin contacto humano; el jardín, en cambio, rebosa vida: pájaros, insectos y comunión con la naturaleza. Sin embargo, encontré la manera de conjuntar mis dos inclinaciones. A veces es posible salir de la biblioteca y llevarse un libro al jardín.

Cuando decidí estudiar literatura, creí que mi destino únicamente estaría en lugares cerrados y en las bibliotecas; pero, a mitad de mi carrera, me integré a una red de divulgadores en la que conocí a estudiantes de otras disciplinas. Juntos hicimos proyectos en común y aprendí que el conocimiento no sólo estaba en un libro; también estaba en las calles y en las ferias de ciencia. Más aún, éste se expandía cuando se compartía. Al principio, dudaba que yo pudiera tener un espacio en un grupo así, no obstante, uno de mis primeros talleres precisamente trató sobre la ciencia en la literatura.

De igual forma, mientras estudiaba en la Facultad de Humanidades tuve la oportunidad de estar en una brigada de ecología en la que pude aprender mucho sobre sustentabilidad, residuos sólidos y educación ambiental. Al

colaborar con estudiantes de diversas facultades pude darme cuenta de que los problemas ambientales nos conciernen a todos y que cada uno, desde su propio campo de conocimiento, puede ayudar a solucionarlos.

Después de mi egreso, estaba segura de que quería dedicarme a algo relacionado con la sustentabilidad, aportando algo desde las humanidades. Aunque al inicio lo creí imposible, luego descubrí que era viable.

Si bien la pandemia frustró muchos proyectos en 2020, también dio oportunidad a otros. Una tarde de junio, en un chat de WhatsApp, tres amigas nos dimos cuenta de que teníamos una cosa más en común: amor por los ajolotes. Sin embargo, pensamos que era muy triste que una especie de sonrisa eterna y tan vinculada con la cultura mexicana estuviera en peligro de extinción. “Deberíamos hacer algo al respecto”, dijimos.

Ninguna estudió algo relacionado con biología o ciencias ambientales, pero teníamos una herramienta muy útil: las palabras y la historia. Nuestros estudios en humanidades nos dieron las habilidades de investigar y de comunicar. Información sobre ajolotes hay; asociaciones que procuran su rescate, también, pero no demasiados canales de comunicación. ¿De qué sirve el conocimiento si no se socializa?

Así fue como mis amigas Rosy Velázquez, María José Aguilera y yo, todas egresadas de la Facultad de Humanidades de la UAEM, comenzamos este proyecto. Nuestros objetivos eran principalmente dos: comunicar de manera sencilla y lúdica y ayudar en lo posible a asociaciones que ya estén realizando acciones en pro de los ajolotes. Cada una aportó desde su área. Rosy —historiadora— con las narrativas y leyendas de los ajolotes; Majó y yo —literatas— en la redacción adecuada, así como en la comunicación con las asociaciones.

EL AJOLOTE ES APENAS UN EJEMPLO DE LO QUE LES SUCEDE (Y LES SUCEDERÁ) A MÁS ESPECIES: ESTARÁN EN PELIGRO DE DESAPARECER

Nuestro trabajo tiene apenas unos meses de nacido, pero tenemos un objetivo: despertar la conciencia sobre la importancia de la diversidad biológica en nuestro país. El ajolote es apenas un ejemplo de lo que les sucede (y les sucederá) a más especies: estarán en peligro de desaparecer a causa de la contaminación, invasión de sus espacios y el cambio climático.

Creo firmemente que la educación y la información son el primer paso para cambiar nuestras acciones y actitudes hacia nuestro entorno. Teniendo los datos adecuados, podremos tomar mejores decisiones, por ello insisto en la importancia de una comunicación efectiva. Pasar media hora leyendo un artículo científico se siente muy diferente a pasar media hora leyendo textos en las redes sociales. La diferencia es una muy sencilla: el uso del lenguaje. Las palabras pueden ser muy poderosas y saber usarlas es una herramienta de gran ayuda para entender nuestro entorno.

La biblioteca y el jardín no son antagónicos. Todas y todos estamos en ellos, incluidos los ajolotitos con su sonrisa. 🐸



Karla Mercedes Bernal Aguilar es egresada de la Licenciatura en Letras Latinoamericanas por la UAEM. Realizó estancias académicas en Perú y Canadá. Fue miembro de los grupos de comunicación de la ciencia José Antonio Alzate, Atomium y Nanosapiens. Sus intereses son la ecocrítica y la ecoliteratura. Actualmente es correctora de estilo en el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. Es cofundadora de Axolotzin, proyecto que pretende difundir la importancia de los ajolotes y fundadora de Pasitos Verdes, plataforma en la que crea contenido sobre temas ambientales.

